

Oliverio simulaba libros que consistían sobre todo en páginas en blanco, carátulas. Si le publicaran las obras completas, bueno, no llegarían a una página. ¿Si hay un posible paralelismo conmigo? ¡Pero no!, yo alguna página rescatable creo haber escrito. Oliverio era un infeliz, Xul Solar en cambio era un hombre de genio. El se reía de Xul Solar y después lo plagió tardíamente en un libro que se llama En la masmédu-la. Una vez recuerdo que nos reunimos los miembros de la revista Martín Fierro y dijimos ¿cuál es el más flojo?, algunos pensaban en un escritor, Piñero, que murió, pero en general dijimos que el más flojo era Oliverio Girondo. El estaba muy interesado en la venta de los libros, fue uno de los precursores de la promoción, que se ignoraba entonces. Yo publiqué mi primer libro, Fervor de Buenos Aires, en el año 23, y no se me ocurrió mandar un solo ejemplar a la librerías, o a los diarios, o a otros escritores, y lo distribuí entre mis amigos, pero él no; claro, él vino de París y trajo ese concepto comercial de la literatura. Las cartas de Oliverio Girondo no se entendían, eran como Finnegan's Wake. Un día me dijo que había conseguido un español macanudo que le corregía los originales, porque cuando se los corregía Ricardo Güiraldes se los llenaba de paréntesis, comas, cremas diéresis, etc. Y al pobre Oliverio, caramba, eso no le agradaba.

*(Entrevista realizada por integrantes de la Revista XUL en 1983.)*



## ARTURO CUADRADO

Oliverio Girondo ha sido para mí como para todos los españoles uno de los mejores poetas que tenemos. En España lo consideramos uno de sus mejores poetas, es decir, que antes de ser conocido en Buenos Aires, en Madrid la Revista de Occidente, que dirigía Ortega y Gasset, abre sus puertas a la poesía y convoca a García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, toda esa gran generación de la poesía entra de la mano de Ortega. Luego entra Miguel Hernández y de pronto ¿quién figura entre las páginas de la Revista de Occidente? Pues Girondo. Es el primer poeta americano que logra entrar en la revista dirigida por Ortega y Gasset. Un día bajábamos nosotros por la calle Esmeralda recordando el itinerario que hacíamos con Federico García Lorca y Oliverio me dice "Arturo, tú que diriges una antología sonora, ¿por qué no me grabas la voz?". Pide él grabar su voz. Mucha gente rehuye grabar la voz porque piensan que puede significar la inmortalidad, y la muerte. "Vamos a hacer una colección nueva, 'La palabra en el viento', para inaugurar una nueva serie de voces con la tuya", le dije. Oliverio feliz de grabar. Al rato no más fuimos a los estudios de grabación, que estaban en la calle Tucumán, y comprometimos un horario. El día que apareció él para grabar se sentó, estuvo mirando todo ese mundo ficticio que es la grabación, de actores, de actrices, de ayudantes, y era un espectáculo. Comenzó a grabar y a los pocos segundos paró. El técnico o ingeniero dice "continúe la grabación". "No, no grabo más". Y nos fuimos. No estaba contento ese día él mismo de su voz. Cosa verdaderamente extraordinaria: el hombre que duda de su voz. Y en el Imparcial, tomando manzanilla y comiendo caracoles, él me dice "Arturo, yo me temo que voy a morir pronto. Pero antes voy a dejar mi voz, voy a dejar esta grabación para que quede como ejemplo a los poetas jóvenes de cómo hay que trabajar". Y surge una extraña pregunta: "yo quisiera conocer a la más importante poeta joven de Buenos Aires". "Como los poetas tenemos el don de hacer los milagros, yo te voy a llevar en estos días a la casa de la poeta más joven